

Exp. : F. VALERA
26, Rue des Plantes, 2^e Etage
PARIS-14^e

Para el Consejo de Justicia

Los ochenta años
de
MARIANO JOVEN

México, D. F., 1970

INTRODUCCIÓN

No sería completo el homenaje dedicado a Mariano Joven, al cumplirse el octogésimo aniversario de su nacimiento, si los discursos pronunciados en el acto celebrado en su honor hubieran quedado únicamente en el espíritu de cuantos a él concurrieron; expuestos a caer en el olvido, no ya los conceptos panegíricos —que no son tales, sino expresión de una realidad imborrable e indiscutible, por la vida y la conducta de este gran español— más bien aquellos que sirvieron para trazar, cuanto tiene de ejemplar, el perfil de su figura y, lo que es más importante, para dejar constancia del vigor de su espíritu y de la finura de su sensibilidad que son, por otra parte, reflejo del alma de la España emigrada que, si lejana en la distancia geográfica, late intensamente, atenta e inquieta, con pensamiento y acción constantes, ante un futuro nacional que anhela justo, libre y decoroso, amasado con sacrificios y penalidades que la historia ha de registrar y que las nuevas generaciones ya reconocen y respetan, lo que constituye nuestra reivindicación y orgullo, prueba irrefutable de que la República y sus hombres han cumplido y, mientras vivan, cumplirán con su deber.

Ha dicho con razón nuestro noble amigo Rafael Supervía: “Mariano Joven *ha cumplido* ochenta años. Pero hay que establecer una distinción: hay quien *acumula* años y hay quien los *cumple*. Cumplir es realizarse en un destino que uno se impone. . . Y eso ha hecho Mariano Joven durante toda su vida. . .” Y eso hacen los buenos españoles de esta España transterrada: cumplir, realizar su destino, que consiste en mantener enhiesto el estandarte de la dignidad nacional.

LAS RAZONES DE UN HOMENAJE

La respetabilidad de que goza en el mundo entero la emigración republicana española radica esencialmente en la solidez y firmeza de sus convicciones y actitudes, en su perseverancia en la lucha que desde hace más de treinta años viene sosteniendo en defensa de la verdad histórica, esto es, en defensa de la dignidad colectiva hollada por el triunfo de la reacción tras una guerra de dimensiones internacionales desatada por el afán de poder de militares desleales, e hipócritamente alimentada por gobiernos que, llamándose democráticos, estaban interesados en minar el prestigio alcanzado por España con la proclamación pacífica de la República, acontecimiento que la situó en lugar prominente entre las democracias europeas.

La obra que realizan y la conducta que siguen los emigrados republicanos en todos los países que les dieron cobijo, aun cuando constituya honrosa realidad, no es más que expresión del cumplimiento del deber, claro reflejo de virtudes y características propias. Entre esos republicanos se halla, con toda la fuerza de su personalidad extraordinaria, Mariano Joven, nuestro gran amigo y correligionario, cuya vida y trayectoria tienen los perfiles de una figura ejemplar para propios y extraños, simbólica, en nuestro caso, de lo que es capaz el espíritu español cuando se siente guiado por la luz de la justicia y de la razón, exponente además de fidelidad a las ideas y de voluntad enérgica, que ha sabido sobreponerse a toda clase de penalidades físicas y morales, sin sentir desfallecimientos y sin que su pensamiento incurriera jamás en desviaciones, manteniendo con altivez su posición, tan inmune a los desengaños como a las flaquezas ajenas o a las incitaciones, a veces amenazadoras, de quienes inútilmente pretenden reducir también al silencio —es decir, a la ineficacia, que sería deshonor— a esta emigración cuyo papel estriba en gritar sin interrupción al mundo lo que la España cautiva está condenada a callar. Mariano Joven, prototipo, pues, de españoles y de republicanos, ha venido desarrollando una constante acción política, llena de entusiasmo, a lo largo de toda una vida honesta, en medio de la mayor sencillez, con una modestia sin límites. Con ocasión de cumplir ochenta años, sus amigos y correligionarios tienen el propósito de reunirse con él en una cena fraternal que será, en primer término, un cálido homenaje a su lozanía de espíritu, a su

vigor intelectual, a su noble emoción, tanto como a su veteranía republicana; un estímulo para que prosiga su tarea.

En ese tributo a su persona se desea asociar, con igual cordialidad, a otros republicanos españoles, ilustres o desconocidos, también de edad propecta, que han compartido y comparten con semejante entereza y fidelidad las amarguras del destierro o la mayor tristeza de sentirse exiliados o perseguidos en el suelo de la propia patria.

Por la comisión organizadora:

Jesús Bernárdez, Eduardo Castillo, Alfonso de Gorostiza.

México, D. F., noviembre de 1970.

PRESIDENCIA DEL ACTO

Con el homenajeado y señora de Joven, ocuparon la presidencia: el Ministro de Estado de la República Española, don Fernando Valera y señora; el encargado de Negocios de España, don Manuel Martínez Feduchy y señora; el ex ministro don Félix Gordón Ordax y señora; el ex ministro don Eugenio Arauz; el Embajador de México, don Gilberto Bosques y señora; el delegado del Gobierno Vasco en México, don Manuel Carabias y señora; el presidente del Centro Republicano Español, don Jesús Bernárdez y señora; don Ovidio Salcedo, presidente de la Agrupación Socialista de México; don Francisco Giral, presidente de ARDE (agrupación de México) y señora; don José Vila Cuenca, presidente de la UGT de México; Dr. José Puche, presidente del Ateneo Español de México; Lic. Alfonso Ayensa; Dr. Eduardo González Sicilia, por la juventud de ARDE; Diputado don Eduardo Castillo, y secretario del Centro Republicano, don Alfonso de Gorostiza.

ADHESIONES

Se adhirieron al acto las entidades y señores siguientes:

DE FRANCIA

PARIS

José Maldonado, Presidente de la República en exilio
Claudio Sánchez Albornoz, Presidente del Gobierno
Julio Just, Ministro del Interior
José Tarradellas, Presidente de la Generalidad de Cataluña
Jesús M. de Leizaola, Presidente del Gobierno de Euzkadi
Irujo, Nardiz, Pérez Carranza, Consejeros del Gobierno de Euzkadi
Esquerra Republicana de Cataluña, secretaria, Sauret
Agrupación de ARDE
Viuda de Marcelino Domingo
Nicolás Salmerón
Francisco Boix
Maximiliano Martínez Moreno
Virgilio Botella
Raúl Falcó
Alejandro Abarrátegui
Antonio Remis
Dolores Vergé de Sánchez
Macrino Suárez
Julián Gorkin
José M. del Valle
Pilar Brocas

NIZA

Sigfrido Blasco Ibáñez

MONTAUBAN

Luis Abadía

TOULOUSE

Emilio Bordonaba
Antonio Difort

BORDEAUX
Rosario García
Agrupación ARDE

DE MÉXICO

Minoría Parlamentaria Socialista
Viuda de Albornoz
Luis Palacio
Eulalio Ferrer
Alfonso R. Aldave
Juan Ruiz Olazarán
Domingo Rex
Pedro Bosch Gimpera
José Bullejos
Eduardo Frápolli
José Santacana
Miguel Fernández Morales
Tomás Espresate Pons
José García Valdecasas
Federico Martínez
María Martínez e hijos
Josué de Benito
Alfonso Ayensa Fabra y señora
Luis Ochoa de Albornoz
Bruno Alonso
Alejandro Jerónimo García
Antonio Robles
Marcial Rodríguez
Juan Martínez Rogel
Adolfo Vázquez Humasqué
Jesús Revaque
Valeriano Rico
Jerónimo Bugeda
Jesús Ruiz del Río
Daniel Vieitez
Juan Pablo García
José M. Jiménez Baena
Manuel G. Trujillo

GUADALAJARA

Francisco Romera y familia

MEXICALI

Antonio Joven y familia

CUERNAVACA

Francisco Farreras

CHILE

Centro Republicano Español
Agrupación de ARDE
Enrique Lasheras y señora

ARGENTINA

Ángel Almazán

VENEZUELA

José del Río

ESTADOS UNIDOS

Victoria Kent
Rafael Supervía y familia
Enrique Santamarina
Leonardo Santamarina

DE ESPAÑA

MADRID

Republicanos de ARDE

ZARAGOZA

Tertulia Republicana

TEXTOS DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS

JESÚS BERNÁRDEZ

Presidente del Centro Republicano Español de México

La emigración republicana española se honra esta noche al rendir homenaje a un gran republicano, a un hombre cabal, a un español auténtico fiel a su pensamiento y a su patria.

Treinta y un años de exilio le han dado a la emigración republicana un sello de austeridad y un fondo de madurez indiscutibles. Pasó hace tiempo esa primera época por la que atraviesan todas las emigraciones políticas, en que se desarrolla un proceso de desintegración que hace aflorar a la superficie las frustraciones y enconos producidos por la derrota. Nuestra emigración ha sabido superar pronto ese proceso y, resistiendo la acción demoledora del tiempo, cumple hoy decorosamente con su destino al representar con toda dignidad la causa republicana de nuestro pueblo.

Se ha combatido tanto, en tan diferentes tonos y desde todas las plataformas políticas, a la emigración republicana española en su conjunto, que se hace necesario proclamar una vez más la labor positivamente humana, social y política de los republicanos españoles en el exilio. Gracias a esta labor, el mundo y de una manera específica el continente americano, ha conocido la verdadera imagen de España, la de la España del trabajo y del pensamiento, en se hermanan los más altos valores de la intelectualidad con el que comportamiento honesto, serio y fecundo en la tarea del campesino y del obrero. La emigración republicana española no ha claudicado en ningún momento y pese a contados desfallecimientos —propios de todo conglomerado humano— podemos sentir la íntima satisfacción de ostentar con orgullo la condición de refugiado político español.

Pues bien, uno de los elementos más valiosos de la emigración republicana, uno de sus más altos exponentes, es precisamente el hombre a quien hoy rendimos homenaje. Nacido hace ochenta años en esa noble y recia tierra aragonesa, fue ya en su adolescencia, cuando muy pocos soñaban con la República, un republicano apasionado. Y desde entonces no ha dejado un solo instante de luchar con fe y con entusiasmo por el triunfo de su ideal. Si en España desempeñó cargos políticos de importancia en los que demostró su capacidad y su valía personal, en el exilio se destacó siempre como

un republicano ejemplar, como un desterrado que puso al servicio de la causa lo más noble y elevado de su espíritu, así como su esfuerzo diario, callado, permanente. De Mariano Joven se puede discrepar —puesto que en el derecho a la discrepancia reside la verdadera esencia de la democracia—, lo que no se puede en modo alguno es discutir su noble emoción republicana porque Mariano Joven es un republicano de cuerpo entero, de una sola pieza, tallado en la roca viva de lo más firme de la raza. Tuve el honor y la satisfacción de colaborar con él como Secretario de la Junta Directiva del Centro Republicano Español del que fue Presidente varios años. Su actuación brillante al frente de esta entidad corría pareja con el afecto cordial y la lealtad que guardaba para sus compañeros de Junta. Así nació nuestra amistad que el tiempo ha tornado realmente entrañable. He estado al lado de Mariano Joven en días de alegría y de honda satisfacción y también compartí con él, los instantes quizá más dolorosos de su existencia. Y he recibido en todos esos momentos un ejemplo de dignidad en la alegría y en el dolor, de fortaleza de espíritu y de republicanismo sin par.

Pertenece Mariano Joven a la generación de los hombres que alumbraron la II República Española. Generación brillante, extraordinaria en todos los órdenes del pensamiento, llena de generosidad, plena de idealismo, cuya nobleza, desinterés y patriotismo pudo haber sido para España el amanecer de una era de gloria y de grandes e inteligentes realizaciones. Pero la derecha española, que siempre se distinguió por su cerrazón mental, fue incapaz de comprenderlo y de superar sus mezquinos intereses para incorporarse a la grandeza de la patria republicana, anulando la oportunidad más excepcional que tuvo nuestro pueblo. Porque pasarán muchos años antes de que España vuelva a producir una generación de dimensiones parecidas. Ciertamente que al lado de grandes aciertos tuvieron el error de no percibir la incompreensión hermética de las clases reaccionarias españolas que hoy todavía, para dar satisfacción a su odio cainita, continúan persiguiendo sin piedad a todos los liberales españoles, condenando a las más crueles penas corporales a quienes se atreven a oponerse a sus designios y manteniendo vivo el espíritu de la guerra civil que hace imposible la reconciliación nacional.

Precisamente para el día 30 de noviembre, estaba señalada la celebración en Burgos de un consejo de guerra —monstruoso aparato ejecutor de la venganza franquista— contra 16 vascos, cuyo único delito ha sido defender la libertad y luchar contra la tiranía con un heroísmo magnífico, al que rendimos el tributo emocionado de nuestra más viva admiración. El fiscal, nueva versión del verdugo en la dictadura franquista, pide nada menos que seis penas

de muerte y 754 años de presidio. La repulsa que este hecho produjo en el ámbito internacional y la explosiva tensión política que por el mismo motivo se creó en España, obligaron a las autoridades franquistas a posponer el juicio. Pero la verdad es que en cualquier momento pueden celebrarlo. Por ello nos dirigimos a todos los demócratas del mundo entero, a todos los hombres de buena voluntad, para que hagan cuanto esté a su alcance a fin de impedir este nuevo crimen que pretende realizar la tiranía franquista.

Para los hombres que asomamos a nuestra mayoría de edad en medio de la contienda y que nos unimos por imperativo de nuestra conciencia democrática a la causa de la libertad, constituye un orgullo y una satisfacción poder ofrecer el homenaje de nuestro afecto, de nuestra admiración y de nuestro respeto, en la persona de Mariano Joven, a todos los hombres y mujeres de su generación que pretendieron forjar para la patria un destino luminoso de paz, de libertad y de justicia.

Mariano Joven, que siempre ha actuado a tono con su apellido, es a la vez un viejo y un joven republicano. Viejo por los años transcurridos en la lucha y joven, si consideramos a la juventud más que como un estado cronológico, como una disposición del espíritu para la defensa de las causas nobles y justas, de desinterés en el proceder, de aspiración permanente a una sociedad mejor, tolerante y fraternal, de la que estén desterrados para siempre el odio y el rencor, la injusticia y la arbitrariedad.

Estamos aquí a su lado, amigo Mariano Joven, para mostrarle nuestro afecto y nuestro cariño, que extendemos a todos aquellos que como usted han llegado a la cima de los 80 años sin claudicaciones ni debilidades, dando un ejemplo de entereza republicana, de dignidad española y de cálida condición humana.

Al ofrecerle hoy este homenaje la emigración política española afirma una vez más su fe republicana, su decisión inquebrantable de luchar por la República hasta el último aliento para que la libertad y la justicia puedan un día fecundar la entraña viva de la España redimida.

ALFONSO AYENSA

Vicepresidente del Ateneo Español, en nombre de los antiguos amigos del homenajeado

Este cordial y sincero homenaje a Mariano Joven, merecidísimo por su conducta inmarcesible, esto es, por su siempre lozano vigor en el ámbito de las ideas como en el de la acción y por su firme voluntad no ya de perseverar en unos principios políticos cuya defensa hasta el holocausto nos trajo al exilio —el culto a la libertad, el amor a la democracia, la entrañable adhesión al pueblo— sino de mantener sus esencias teniendo abiertos el alma y la mente a las evoluciones que demandan los tiempos nuevos, no tendría las dimensiones que requieren su extraordinaria figura y su historia —que es fiel reflejo de la historia de nuestra República— si no nos sirviera también para evocar la grandeza de nuestra causa y para hacer constar una vez más la vigencia de ella, que ha sobrevivido al triunfo del cinismo y de la deshonestidad internacionales, los dos puntales en que parece apoyarse todavía la política del mundo.

Mariano Joven, cuyas virtudes cívicas y personales son tan notorias que no necesitan la reiteración del panegírico, vive atento a la realidad española de cada instante, todo lo puntualmente al corriente que le es posible de lo que en España acontece, interpretando cada hecho con su espíritu de español sano, desprovisto de pasiones rencorosas —que él es incapaz de sentir— y su inteligencia se acompasa al ritmo ideológico de las generaciones surgidas a la vida después de la incivil guerra que todos padecemos. Y en esto, como en tantas otras cosas, Mariano Joven es un auténtico representante de la emigración republicana, que no vive con la visión de la España de 1931 o de 1939, sino con la que corresponde a la época actual.

Habrán tal vez algunos que supongan o tengan interés en hacer creer que la emigración republicana española es un elemento estático, intrascendente; maquinaria obsoleta, cuerpo extraño y entorpecedor en el mecanismo de la política. Concepto totalmente absurdo este. En un balance objetivo e imparcial, podemos decir que nuestra emigración, a pesar de haber cumplido tres decenios, aun contando con fallas disculpables y con errores muy humanos, es un órgano vivo y dinámico, al que, en su conjunto, no abate la desilusión, pues la dureza y crueldad de las injusticias pasadas han ido forjando precisamente su fortaleza. Puede haber sido y ser triste y amargo —por no decir grotesco— el espectáculo que han dado

y siguen dando los gobiernos de ciertas potencias con respecto a los republicanos españoles, con la muy loable y honrosa excepción ejemplar de este México de nuestro corazón, pero es consoladora para nosotros —y ha de ser decisiva— la actitud de los pueblos, que no olvidan lo sucedido en el mundo desde 1936, aunque sus gobernantes, sirviendo conveniencias personales o de grupo, traten de desfigurar la verdad histórica. Está presente en el ánimo de todos los hombres dignos la ignominiosa conspiración internacional contra la democracia española, conspiración que fue en algunos gobiernos simple indiferencia ante los resultados del ataque de que se la hizo víctima.

Para que ese recuerdo perdure, nosotros estamos y estaremos siempre en pie —no sólo pensando en el pasado, lo que no es un lastre, sino justificación de la historia, experiencia y motor para la acción futura—, fijos en el presente, para interpretarlo y remodelar nuestros pensamientos e ideas, a la luz de la realidad de cada día, lo que sirve para enorgullecernos, pues confirma que era nuestra la verdad; y obsesionados con el porvenir, que estamos seguros de que será el resurgir de la libertad y de la República.

A pesar de que los años pasan y es ley de la naturaleza que, con los años, los hombres vayan desapareciendo también, otros los remplazarán y tomarán la dirección de esta lucha civil inextinguible hasta lograr que acabe el cautiverio de España. El panorama en el interior no puede ser más confortador: al miedo, a la resignación de los que tanto sufrieron, ha sucedido el propósito firme de actuar con toda energía, actitud asumida sobre todo por la juventud, es decir, por las generaciones nuevas que precisamente se han pronunciado en reciente encuesta por el régimen republicano. Y en este renacer del sentimiento ciudadano, que muchos creían adormecido y algunos incluso acabado, estriba nuestra esperanza y nos obliga cada vez más a la firmeza, y también —y esto vale para unos cuantos— a la compostura, mejor dicho, a perseverar, sin perder la paciencia, templando el espíritu con la vigorización de las convicciones, reafirmando nuestra fe. Porque la República, nuestra República, ha de triunfar por simples razones de lógica, fundadas en la historia misma, y aunque la soberanía esté aún secuestrada por un ejército cuyos poderes se asientan en apoyos extranjeros, tal situación se halla en el ocaso y ya se avizora su desenlace, lo que es indiscutible.

Perdonad esta digresión que, en el fondo, no lo es, ya que nada ha de parecer más grato a nuestro homenajeado que comprobar cómo se aprovecha esta coyuntura para hacer un breve, aunque un tanto deshilvanado, análisis del panorama español. Creemos que desde la cúspide de esos ochenta años plenos de emoción republi-

cana y de sabiduría política, Mariano Joven percibirá con mayor nitidez aún las perspectivas que no son pesimistas. Oyéndole a veces, en instantes de depresión y de tristeza, la voz de Mariano ha servido de aliento y, en momentos de pasajeras discrepancias, el ejemplo de su rectitud, de su honestidad de pensamiento, de su humildad, ha terminado por imponerse y ganar voluntades y corazones para servir una orientación que, decididamente, era la más certera. Si su actividad política ha merecido y merece siempre consideración y respeto, la nobleza, la sinceridad del amigo suscitan admiración y acrecientan el afecto. Hay que decirlo sin rodeos: estos ochenta años cargados de inquietudes y de afanes encierran una ejecutoria gloriosa que merece el unánime estímulo —aun cuando sabemos que él no necesita aliento alguno para seguir cumpliendo con su deber.

Este convivio de hoy no significa más que un momento de reposo, un momento en que se patentiza la unidad de sentimientos de un grupo de españoles republicanos en torno a un hombre que todavía tiene que hacer un largo camino en el servicio de un ideal patriótico; al que esperan aún, en nuestra compañía, días sombríos y luminosos, pero siempre días de esperanza. No es un premio al amigo que tiene el latir de su conciencia pura como mejor recompensa. Es más bien motivo simple para dejar, una vez más, constancia del hondo cariño que nos inspira, para reiterarle nuestra cálida admiración por su fervorosa y permanente actividad y para juramentarnos de nuevo, en una fidelidad inquebrantable, por la causa de España que es la causa de la República.

FRANCISCO GIRAL

Presidente de Acción Republicana Democrática Española en México

Este festejo, a propósito de los primeros ochenta años de republicanismo de don Mariano Joven, ha tenido la virtud de poder convertirse en un acto de confraternidad republicana, lo cual es muy importante en estas fechas y en este lugar; una de tantas virtudes que emanan de la personalidad, de la firmeza, de la trayectoria de don Mariano Joven.

No quisiera hacer aquí acto de presencia en virtud de jerarquías o de cargos políticos, porque esas adhesiones las tiene siempre don Mariano. En cambio, sí quisiera destacar, y hacerlo de una manera personal, mi adhesión fervorosa en mi condición de universitario, de científico, de técnico, de como ustedes quieran llamarlo; entre otras cosas, porque se ha puesto ahora muy de moda, eso de que los técnicos actúen en política, y especialmente en la política española, esa llamada tecnocracia, que de una forma tan desafortunada y tan fuera de lugar está interviniendo en política española.

Quiero destacar que los técnicos, los llamados técnicos o científicos, que tenemos una responsabilidad y un sentido humanista, liberal y republicano, estamos en la emigración con don Mariano Joven, que es tanto como estar con la República. Y por eso quisiera subrayar el carácter humanista de don Mariano, que tiene aquí a su alrededor a toda su familia, tres generaciones a las que también quiero rendir mi homenaje, por ser tan republicanas como él, al que han seguido en todas las vicisitudes, carácter verdaderamente peculiar y muy propio del repulcanismo español. La pequeña Libertad, es decir, esta niña, nieta de don Mariano, que está aquí delante, hace un momento me estaba preguntando si yo le iba a hablar de química a su abuelo, y en homenaje a esta numerosa y republicana familia de don Mariano, le voy a hablar un poquito de química porque entre otras cosas, me parece que los universitarios o técnicos no debemos hacer grandes discursos políticos.

En efecto, una de las modas de actualidad que ha surgido del vecino país del norte, es ese movimiento que se ha llamado de "hippies" y que tiene, pues, muchas inclinaciones nobles, pero otras muchas deformaciones; ha adaptado como norma o como "slogan" una frase para justificar su hábito de mascar o ingerir hongos alucinantes, que es otra de las modas de las juventudes actuales, un "slogan" que quizá en el juego de palabras en inglés, sea más espec-

tacular, pero que se puede traducir más o menos de esta manera. Dicen los "hippies" norteamericanos que mascan hongos, porque les gusta más divertirse con los hongos, que idiotizarse con las ideologías; entonces, yo quisiera contestarles a los "hippies" que por qué no miran el ejemplo de don Mariano Joven que en esos ochenta años de juventud, ha conseguido demostrarnos y darnos el ejemplo maravilloso de invertir los términos de ese dilema, es decir, cómo se lleva a cabo una vida plena abstrayéndose, concentrándose en las ideologías, que es una manera de recrear su espíritu, en lugar de idiotizarse con los hongos.

Don Mariano, felicidades.

FERNANDO VALERA

Ministro de Estado del Gobierno de la República Española en el exilio

Entre las misiones que me ha confiado el Gobierno de la República Española con ocasión de este fugaz viaje a México, ninguna desde el punto de vista oficial más honrosa que representar a España en las ceremonias de transmisión del Poder Ejecutivo mexicano; pero ninguna, desde el punto de vista personal más grata que la de entregar a mi viejo amigo y correligionario don Mariano Joven el diploma e insignias de Maestrante de la Orden de la Liberación de España.

No es un honor que se le concede, sino un nuevo sacrificio que de él se reclama. Esta característica de nuestra Orden de la Liberación explica por qué muchos hombres eminentes que nunca aceptaron condecoraciones, por ejemplo Albert Camus, recibieron con emoción la nuestra. Otras medallas de la liberación hay en ciertos países, las cuales fueron otorgadas después de la epopeya, y ahora han venido a adornar el pecho de muchos claudicantes incorporados al movimiento de liberación al día siguiente de la victoria. Nuestra Orden es precisamente lo contrario: se creó y se concede en el momento más dramático y sombrío del exilio, como un acto de afirmación de nuestra fe en la Patria, en la Libertad y en la República, y no granjeará a nadie privilegios, ni beneficios, ni honores futuros, sino que sólo invita a nuevos sacrificios presentes.

Ya sé yo que Mariano Joven no necesita —no lo ha necesitado durante sus sesenta años largos de militancia republicana— estímulos, incitaciones ni honores para seguir cumpliendo su deber. Somos nosotros, los Ministros que asumimos en estos momentos, a raíz del fallecimiento de nuestro Presidente, don Luis Jiménez de Asúa, la enorme responsabilidad de seguir representando y sirviendo a la legitimidad republicana, los que necesitamos que hombres del limpiísimo linaje político de Mariano Joven nos aporten el peso de su autoridad, de su prestigio, de su concurso, como égida y escudo que oponer a la inevitable calumnia asalariada de los enemigos implacables y a la murmuración de los amigos desalentados.

Claro es que ninguno de los miembros del Gobierno de la República ha menester respaldo ni estímulos para seguir cumpliendo con su deber. El deber es irrenunciable. Y el nuestro consiste en mantener en alto la bandera de la legitimidad republicana que es el

verdadero, único e inexhausto tesoro de que este Gobierno en exilio ha dispuesto y dispone.

Don Julián Besteiro proclamó un día ante el Tribunal abyecto de jueces miserables que le condenaron a santificar el presidio en que murió: “¿El tesoro de España? Lo tenéis vosotros entre las alambradas de esos malditos campos de concentración, o pudriéndose en vuestras cárceles, o peregrinando por el mundo; porque el tesoro de España son esos fuertes brazos y esas claras inteligencias que no pueden vivir entre vosotros.”

Y el cofre de oro donde se guarda ese tesoro inmarcesible de España es la legitimidad republicana, que no son nuestras personas singulares, condenadas a desaparecer, sino el derecho imprescriptible de España a dictarse libremente las leyes, organizar las instituciones y elegir las autoridades que la gobiernen. Y para cumplir ese deber de mantener y proclamar el derecho de España a ser un pueblo libre, nos basta nuestra conciencia y nuestra hombría de bien.

Pero prácticamente, en el terreno de la eficacia, el Gobierno de la República sí que necesita y reclama que le secunden, le ayuden, le aconsejen y hasta le critiquen —que es una de las maneras más útiles de ayudar a un régimen de democracia libre— aquellas personas que como Mariano Joven, por su rectitud, por su claro juicio, por su experiencia política, por su lealtad de toda la vida, pueden acreditar ante los profanos y escépticos la limpieza de nuestras ejecutorias.

¿Que Mariano Joven, a pesar de su apellido y de su galana apostura, es ya un viejo republicano? Pues precisamente el ser a la vez viejo y republicano es lo que da mayor prestigio y lustre a su testimonio. Sí, ya sé que ahora está de moda adular a la mozalbetería y escarnecer a la ancianidad. No es una moda nueva; se ha dado muchas veces en la historia, coincidiendo casi siempre con las eras de decadencia de la civilización. Pero el destino de todas las modas, decía André Gide, es pasarse de moda. Lo que con la moda viene, con la moda se va. Sólo los espíritus necios, débiles y decadentes ignoran los respetos debidos a la ancianidad venerable, es decir, a la juventud que se ha sometido a la prueba de la vida, y ha triunfado.

Un viejo republicano es un hombre que ha contrastado la buena ley de su republicanismo a lo largo de toda una vida. Aquí la vejez es signo de autenticidad.

Jóvenes republicanos hubo, y de los más impetuosos y procaaces, que comenzaron a serlo con nosotros, como el tristemente célebre Pérez Madrigal, y que no han llegado, no podían llegar, a la gloriosa condición de viejos republicanos; porque en el ca-

mino se les fue gastando, no sólo la juventud, sino también el baño superficial de republicanismo con que revestían el plomo vil de su demagogia.

Y yo soy además lo suficientemente viejo para haber conocido en nuestra América más de una generación de jóvenes intelectuales y estudiantes rebeldes que, cuando llegaron a la adultez, se convirtieron en tiranos perseguidores implacables de las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios.

La juventud es como la flor del árbol, o como el grano de la sementera. Encierra en germen la promesa del fruto o de la espiga: es la esperanza. Pero vienen luego las lluvias, los fríos invernales, los hielos, los vendavales, las sequías... y muchas son las flores que se deshojan sin haber dado fruto, y muchas las simientes que se pudren sin haber granado en espiga.

De ahí que la ancianidad lograda sea una gloria digna de ver y celebrar para todo corazón limpio, limpio de ambición, de egoísmo o de envidia, es decir, para todo corazón verdaderamente joven, en cuanto que la ancianidad lograda se le presenta al joven como el modelo, la imagen y la promesa de la vida que él mismo aspira a vivir.

Poca confianza tiene en su propia juventud el que no sabe reconocer y venerar la buena ley de otras vidas que, por el contraste de los años, han podido acreditar el oro puro de su verdad juvenil.

Y no es verdaderamente joven el que no siente la espontánea inclinación de venerar a la ancianidad venerable. Mariano Joven sí experimentó el gozo de esa auténtica juventud vital. Antes de que yo tuviera edad para poder acompañarle, ya él había conocido y seguido a figuras señeras del republicanismo y escuchado voces autorizadas de que yo sólo he tenido noticia por lecturas o relatos: Don Joaquín Costa, Don Nicolás Salmerón, Blasco Ibáñez, Sol y Ortega, Don Roberto Castrovido, Menéndez Pallarés... En años posteriores yo he podido ya compartir con Mariano el alto privilegio de tratar, escuchar y aprender republicanismo de otros insignes maestros, como el incomparable tribuno que fue Don Alvaro de Albornoz, o el apóstol del radical-socialismo Don Marcelino Domingo a cuya memoria guarda Mariano Joven una fidelidad ejemplar y una devoción conmovedora.

Y luego, ya en pleno esplendor del amanecer republicano, y en la guerra, y en el exilio —cuarenta años, la mitad de tu larga vida, y más de la mitad de la mía— otros hombres y otras devociones han venido a enriquecer nuestro panteón republicano: el eminentísimo Don Manuel Azaña, el integérrimo Don José Giral, el incorruptible Martínez Barrio, por no mencionar más que algu-

nos de los más insignes y de entre los muertos. Todos ellos murieron de pie, como acaba de morir, nuestro Presidente Jiménez de Asúa. Los árboles mueren de pie, dijo un día el poeta. Así también está en la condición misma del hombre digno de vivir y morir de pie, como los árboles.

¡Qué dicha! ¡Qué privilegio!, el de haber podido convivir con tantos hombres eminentes, más viejos que nosotros, y colaborar con ellos, y aprender de ellos. Por muchas amarguras que nos haya costado nuestra antigua lealtad a los ideales de nuestra juventud, bien compensados fuimos con el inmenso honor de haber frecuentado y admirado a tantos hombres buenos, sabios y honrados que le conservan a uno intacta la fe en la dignidad y destino de la especie humana.

Todos ellos vivieron noblemente, y prolongaron hasta la muerte su juventud, pues que nunca abdicaron de sus ideales políticos. Esos ideales se cifran y compendian en la trilogía que la Orden de la Liberación de España inscribe en sus insignias, diplomas y reglamentos: Patria. Libertad. República.

Y antes de terminar quiero recordaros una lección ejemplar por venir de quien viene: "¿Qué importa que transcurra el tiempo si siendo apenas un instante en el decurso de los siglos, el sacrificio convierte a nuestra causa en una conquista más que está contribuyendo a la marcha ascendente de la humanidad? Aunque no quedara ninguno de los veteranos de la República Española, su ejemplo de lealtad y de fe en la reivindicación de los derechos violados, será mandato para la actual juventud española y para las futuras generaciones, y continuará como bandera invicta de los precursores de la Libertad y la Democracia." Lázaro Cárdenas.

Mariano Joven: al depositar en tus manos estas insignias y diplomas con que el Presidente en funciones de la República, Don José Maldonado, ejecuta la última voluntad de su predecesor Don Luis Jiménez de Asúa, en nombre de todos los republicanos de España y del exilio, saludo en ti al luchador infatigable, recio y leal como tu Aragón natal, y prometo —prometemos— tomar ejemplo de tus virtudes cívicas y seguir laborando sin tregua ni desfallecimiento, hasta ver restauradas en nuestra España la Patria, la Libertad y la República.

Señor Ministro de Estado de la República Española; Señor Encargado de Negocios de España; querido, entrañable amigo Don Gilberto Bosques; correligionarios y amigos, señoras y señores.

Este acto, manifestación espléndida de afectos, de cordial amistad con que ustedes me honran y distinguen, me conmueve profundamente, y será recuerdo que vivirá en mí durante mi existencia, que procuraré se prolongue, por lo menos, hasta después de ver a nuestra patria liberada total y absolutamente de la tiranía que la sojuzga y envilece. Tiranía, sostenida y alentada, como todos sabemos, y no estará de más repetirlo, por ciertas tituladas democracias, atentas principalmente a sus egoísmos y a sus intereses, sin tener en cuenta los principios morales, que cuando se practican con dignidad, enaltecen a los pueblos y a los hombres.

Principios morales, siempre olvidados en cuanto a nosotros se refiere, por esos titulados rectores de la vida política de sus respectivos países; rectores, que unos antes, otros después, y algunos recientemente, sin rubor y sin pudor, estrecharon la mano, brindaron sus amables sonrisas, y compartieron la mesa con el verdugo de España, que con sus maquiavelismos consentidos, pudo escapar al juicio y sentencia de los Tribunales de Nuremberg. Todo ello, repugnante, abominable, nauseabundo. Y ¿qué nos queda hacer ante los sucesos de ayer, y las injusticias de hoy y de siempre? Creo, que en primer lugar, mantener invariablemente la fidelidad a los principios por qué estamos aquí, sirviéndonos con una conducta limpia, que será el mejor exponente de nuestra protesta contra el menosprecio de que hemos sido víctimas, viejos y jóvenes. Jóvenes y viejos de los que ya se habló aquí. Viejos venerables, que merecen respeto y hasta admiración, siquiera sea por la consecuencia y la lealtad que ofrendaron a las ideas republicanas; ejemplo para las nuevas generaciones, porvenir, esperanza, futuro de una patria libre de Matesas, de reminiscencias clericales y militaristas. Viejos y jóvenes. Recuerdo, que hace muchos años, en nuestras charlas dominicales, presididas siempre por nuestro querido e inolvidable Don Álvaro de Albornoz, él nos decía: "en política y para la acción, la edad no cuenta, cada uno tiene la que ejerce"; yo quiero seguir ejerciendo como en mis años mozos, con la misma pasión y emoción que entonces, porque ello es consustancial con mi propia existencia. Perdonadme pues, que no quie-

ra considerarme viejo, a pesar de que vuestra delicada gentileza ofrece este homenaje a mis primeros ochenta años.

Hoy, como ayer y como siempre, republicano intransigente en los principios, alérgico a las combinaciones más o menos interesadas y acomodaticias, que bullen en la mente de algunos hombres que se dicen de oposición, y que sin duda, por afanes de mando, por ansias de poder, juegan a los malabarismos posibilistas, sin querer comprender, que el franquismo, aun sin Franco, si se le sirve, se deshonra una vida, a la vez que se marchitan las ilusiones y las esperanzas de quienes creyeran un día en ellos, como sus líderes incorruptibles. No, y mil veces, no. Contra el franquismo sin Franco, contra los herederos del malvado Fernando VII, nuestra acción constante, nuestra palabra encendida, nuestra voluntad de vencer, que será la mejor manera de servir a España; hoy en la cruz.

Pocas palabras más. Gracias a todos. Gracias queridos Castillo, Gorostiza, Bernárdez, Giral, Ayensa, tan amables conmigo. Lo mismo para mi fraternal compañero de siempre, Celestino Falcó, cuyo trabajo en el anonimato, contribuyó tanto al esplendor de este acto. Y mi más emocionada gratitud al Gobierno de la República Española, por la distinción de que me hace objeto. Doble gratitud, por haber delegado para este acto a su Ministro de Estado, mi viejo, entrañable amigo Fernando Valera, palabra, pluma y acción constantes, siempre al servicio de la República.

Mi reconocimiento a México, que si nos dio techo y pan, también esta libertad que nos permite decir cuanto pensamos y sentimos. Un recuerdo para los que en nuestra patria cayeron en la lucha por defender su libertad y su independencia, y también para cuantos viven cautivos en el suelo que les vio nacer. Igualmente para dos insignes desaparecidos recientemente: Don Luis Jiménez de Asúa, y nuestro amado protector, Don Lázaro Cárdenas. Por la memoria de estos dos presidentes, por y para la República, hasta la muerte.

MANIFESTE DE MONTSERRAT

Document approuvé par l'Assemblée d'intellectuels catalans, réunie au Monastère de Montserrat du 12 au 14 décembre 1970.

Nous, intellectuels catalans, réunis à Montserrat en assemblée permanente, estimons de notre devoir de prendre position devant la très grave situation politique et sociale provoquée par le tribunal militaire qui juge seize militants de l'ETA, accusés de lutter pour le socialisme et pour les droits nationaux du peuple basque.

Nous constatons :

- 1) Que la législation répressive entamée il y a plus de trente ans, pendant la guerre civile, continue d'être appliquée dans l'Etat espagnol d'aujourd'hui contre toutes les opinions ou les actions démocratiques.
- 2) Que le système politico-juridique actuel, au service d'une structure anachronique de classe, transforme en délits des faits politiques ou sociaux considérés dans tous les Etats démocratiques comme légitimes, et même, comme des droits élémentaires de tout citoyen.
- 3) Que la torture et les sévices physiques et moraux, dénoncés à plusieurs reprises, continuent à être une méthode policière systématique.
- 4) Que les droits des peuples et des nations dont est constitué l'Etat espagnol sont ignorés et réprimés au bénéfice d'une prétendue unité nationale, principe de base des lois fondamentales de l'Etat.

Compte tenu de ces faits, nous considérons que l'exécution des graves peines requises au tribunal militaire de Burgos est inadmissible.

Nous dénonçons la manière dont les moyens de communication officiels, spécialement « Radio Nacional de España », « Televisión Española » et « Agencia CIFRA », travestissent et escamotent systématiquement les informations. Puisqu'il n'existe aucun moyen normal de libre expression, nous nous voyons contraints de rédiger ce document.

Nous répudions le procès de Burgos dans les termes employés par les avocats de la défense et nous nous solidarisons avec les mouvements de protestation qui se sont produits et qui se produisent à l'intérieur comme à l'extérieur du pays. Nous réclamons immédiatement les mesures suivantes :

- 1) Que n'importe quelle condamnation qui puisse être prononcée par le tribunal de Burgos demeure sans effet.
 - 2) Que l'amnistie générale de tous les sanctionnés, de tous les exilés et de tous ceux qui ont été emprisonnés pour des motifs politique soit promulguée.
 - 3) Que le décret-loi sur le banditisme et le terrorisme soit abrogé et que les juridictions d'exception soient abolies.
 - 4) Que la peine de mort soit abolie, quel que soit le délit considéré.
 - 5) Qu'un Etat authentiquement populaire, qui garantisse l'exercice des libertés démocratiques et des droits des peuples et des nations formant l'Etat espagnol, y compris le droit d'autodétermination, soit établi.
- Enfin, nous exprimons notre totale et fraternelle adhésion au peuple basque et à ses revendications, qui sont aussi les nôtres.

Montserrat, le 13 décembre 1970.

(Se reporter au texte original catalan pour la liste des participants à l'assemblée de Montserrat.)

Exp. : F. VALERA
24, Rue des Plantes, 2^e Étage
PARIS - 14^e

Los ochenta años
de
MARIANO JOVEN

México, D. F., 1970

INTRODUCCIÓN

No sería completo el homenaje dedicado a Mariano Joven, al cumplirse el octogésimo aniversario de su nacimiento, si los discursos pronunciados en el acto celebrado en su honor hubieran quedado únicamente en el espíritu de cuantos a él concurrieron; expuestos a caer en el olvido, no ya los conceptos panegíricos —que no son tales, sino expresión de una realidad imborrable e indiscutible, por la vida y la conducta de este gran español— más bien aquellos que sirvieron para trazar, cuanto tiene de ejemplar, el perfil de su figura y, lo que es más importante, para dejar constancia del vigor de su espíritu y de la finura de su sensibilidad que son, por otra parte, reflejo del alma de la España emigrada que, si lejana en la distancia geográfica, late intensamente, atenta e inquieta, con pensamiento y acción constantes, ante un futuro nacional que anhela justo, libre y decoroso, amasado con sacrificios y penalidades que la historia ha de registrar y que las nuevas generaciones ya reconocen y respetan, lo que constituye nuestra reivindicación y orgullo, prueba irrefutable de que la República y sus hombres han cumplido y, mientras vivan, cumplirán con su deber.

Ha dicho con razón nuestro noble amigo Rafael Supervía: “Mariano Joven *ha cumplido* ochenta años. Pero hay que establecer una distinción: hay quien *acumula* años y hay quien los *cumple*. Cumplir es realizarse en un destino que uno se impone. . . Y eso ha hecho Mariano Joven durante toda su vida. . .” Y eso hacen los buenos españoles de esta España transterrada: cumplir, realizar su destino, que consiste en mantener enhiesto el estandarte de la dignidad nacional.

LAS RAZONES DE UN HOMENAJE

La respetabilidad de que goza en el mundo entero la emigración republicana española radica esencialmente en la solidez y firmeza de sus convicciones y actitudes, en su perseverancia en la lucha que desde hace más de treinta años viene sosteniendo en defensa de la verdad histórica, esto es, en defensa de la dignidad colectiva hollada por el triunfo de la reacción tras una guerra de dimensiones internacionales desatada por el afán de poder de militares desleales, e hipócritamente alimentada por gobiernos que, llamándose democráticos, estaban interesados en minar el prestigio alcanzado por España con la proclamación pacífica de la República, acontecimiento que la situó en lugar prominente entre las democracias europeas.

La obra que realizan y la conducta que siguen los emigrados republicanos en todos los países que les dieron cobijo, aun cuando constituya honrosa realidad, no es más que expresión del cumplimiento del deber, claro reflejo de virtudes y características propias. Entre esos republicanos se halla, con toda la fuerza de su personalidad extraordinaria, Mariano Joven, nuestro gran amigo y correligionario, cuya vida y trayectoria tienen los perfiles de una figura ejemplar para propios y extraños, simbólica, en nuestro caso, de lo que es capaz el espíritu español cuando se siente guiado por la luz de la justicia y de la razón, exponente además de fidelidad a las ideas y de voluntad enérgica, que ha sabido sobreponerse a toda clase de penalidades físicas y morales, sin sentir desfallecimientos y sin que su pensamiento incurriera jamás en desviaciones, manteniendo con altivez su posición, tan inmune a los desengaños como a las flaquezas ajenas o a las incitaciones, a veces amenazadoras, de quienes inútilmente pretenden reducir también al silencio —es decir, a la ineficacia, que sería deshonor— a esta emigración cuyo papel estriba en gritar sin interrupción al mundo lo que la España cautiva está condenada a callar. Mariano Joven, prototipo, pues, de españoles y de republicanos, ha venido desarrollando una constante acción política, llena de entusiasmo, a lo largo de toda una vida honesta, en medio de la mayor sencillez, con una modestia sin límites. Con ocasión de cumplir ochenta años, sus amigos y correligionarios tienen el propósito de reunirse con él en una cena fraternal que será, en primer término, un cálido homenaje a su lozanía de espíritu, a su

vigor intelectual, a su noble emoción, tanto como a su veteranía republicana; un estímulo para que prosiga su tarea.

En ese tributo a su persona se desea asociar, con igual cordialidad, a otros republicanos españoles, ilustres o desconocidos, también de edad propecta, que han compartido y comparten con semejante entereza y fidelidad las amarguras del destierro o la mayor tristeza de sentirse exiliados o perseguidos en el suelo de la propia patria.

Por la comisión organizadora:

Jesús Bernárdez, Eduardo Castillo, Alfonso de Gorostiza.

México, D. F., noviembre de 1970.

PRESIDENCIA DEL ACTO

Con el homenajeado y señora de Joven, ocuparon la presidencia: el Ministro de Estado de la República Española, don Fernando Valera y señora; el encargado de Negocios de España, don Manuel Martínez Feduchy y señora; el ex ministro don Félix Gordón Ordax y señora; el ex ministro don Eugenio Arauz; el Embajador de México, don Gilberto Bosques y señora; el delegado del Gobierno Vasco en México, don Manuel Carabias y señora; el presidente del Centro Republicano Español, don Jesús Bernárdez y señora; don Ovidio Salcedo, presidente de la Agrupación Socialista de México; don Francisco Giral, presidente de ARDE (agrupación de México) y señora; don José Vila Cuenca, presidente de la UGT de México; Dr. José Puche, presidente del Ateneo Español de México; Lic. Alfonso Ayensa; Dr. Eduardo González Sicilia, por la juventud de ARDE; Diputado don Eduardo Castillo, y secretario del Centro Republicano, don Alfonso de Gorostiza.

ADHESIONES

Se adhirieron al acto las entidades y señores siguientes:

DE FRANCIA

PARÍS

José Maldonado, Presidente de la República en exilio
Claudio Sánchez Albornoz, Presidente del Gobierno
Julio Just, Ministro del Interior
José Tarradellas, Presidente de la Generalidad de Cataluña
Jesús M. de Leizaola, Presidente del Gobierno de Euzkadi
Irujo, Nardiz, Pérez Carranza, Consejeros del Gobierno de Euzkadi
Esquerra Republicana de Cataluña, secretaria, Sauret
Agrupación de ARDE
Viuda de Marcelino Domingo
Nicolás Salmerón
Francisco Boix
Maximiliano Martínez Moreno
Virgilio Botella
Raúl Falcó
Alejandro Abarrátegui
Antonio Remis
Dolores Vergé de Sánchez
Macrino Suárez
Julián Gorkin
José M. del Valle
Pilar Brocas

NIZA

Sigfrido Blasco Ibáñez

MONTAUBAN

Luis Abadía

TOULOUSE

Emilio Bordonaba
Antonio Difort

BORDEAUX
Rosario García
Agrupación ARDE

DE MÉXICO

Minoría Parlamentaria Socialista
Viuda de Albornoz
Luis Palacio
Eulalio Ferrer
Alfonso R. Aldave
Juan Ruiz Olazarán
Domingo Rex
Pedro Bosch Gimpera
José Bullejos
Eduardo Frápolli
José Santacana
Miguel Fernández Morales
Tomás Espresate Pons
José García Valdecasas
Federico Martínez
María Martínez e hijos
Josué de Benito
Alfonso Ayensa Fabra y señora
Luis Ochoa de Albornoz
Bruno Alonso
Alejandro Jerónimo García
Antonio Robles
Marcial Rodríguez
Juan Martínez Rogel
Adolfo Vázquez Humasqué
Jesús Revaque
Valeriano Rico
Jerónimo Bugeda
Jesús Ruiz del Río
Daniel Vieitez
Juan Pablo García
José M. Jiménez Baena
Manuel G. Trujillo

GUADALAJARA

Francisco Romera y familia

MEXICALI

Antonio Joven y familia

CUERNAVACA

Francisco Farreras

CHILE

Centro Republicano Español
Agrupación de ARDE
Enrique Lasheras y señora

ARGENTINA

Ángel Almazán

VENEZUELA

José del Río

ESTADOS UNIDOS

Victoria Kent
Rafael Supervía y familia
Enrique Santamarina
Leonardo Santamarina

DE ESPAÑA

MADRID

Republicanos de ARDE

ZARAGOZA

Tertulia Republicana

TEXTOS DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS

JESÚS BERNARDEZ

Presidente del Centro Republicano Español de México

La emigración republicana española se honra esta noche al rendir homenaje a un gran republicano, a un hombre cabal, a un español auténtico fiel a su pensamiento y a su patria.

Treinta y un años de exilio le han dado a la emigración republicana un sello de austeridad y un fondo de madurez indiscutibles. Pasó hace tiempo esa primera época por la que atraviesan todas las emigraciones políticas, en que se desarrolla un proceso de desintegración que hace aflorar a la superficie las frustraciones y enconos producidos por la derrota. Nuestra emigración ha sabido superar pronto ese proceso y, resistiendo la acción demoledora del tiempo, cumple hoy decorosamente con su destino al representar con toda dignidad la causa republicana de nuestro pueblo.

Se ha combatido tanto, en tan diferentes tonos y desde todas las plataformas políticas, a la emigración republicana española en su conjunto, que se hace necesario proclamar una vez más la labor positivamente humana, social y política de los republicanos españoles en el exilio. Gracias a esta labor, el mundo y de una manera específica el continente americano, ha conocido la verdadera imagen de España, la de la España del trabajo y del pensamiento, en se hermanan los más altos valores de la intelectualidad con el que comportamiento honesto, serio y fecundo en la tarea del campesino y del obrero. La emigración republicana española no ha claudicado en ningún momento y pese a contados desfallecimientos —propios de todo conglomerado humano— podemos sentir la íntima satisfacción de ostentar con orgullo la condición de refugiado político español.

Pues bien, uno de los elementos más valiosos de la emigración republicana, uno de sus más altos exponentes, es precisamente el hombre a quien hoy rendimos homenaje. Nacido hace ochenta años en esa noble y recia tierra aragonesa, fue ya en su adolescencia, cuando muy pocos soñaban con la República, un republicano apasionado. Y desde entonces no ha dejado un solo instante de luchar con fe y con entusiasmo por el triunfo de su ideal. Si en España desempeñó cargos políticos de importancia en los que demostró su capacidad y su valía personal, en el exilio se destacó siempre como

un republicano ejemplar, como un desterrado que puso al servicio de la causa lo más noble y elevado de su espíritu, así como su esfuerzo diario, callado, permanente. De Mariano Joven se puede discrepar —puesto que en el derecho a la discrepancia reside la verdadera esencia de la democracia—, lo que no se puede en modo alguno es discutir su noble emoción republicana porque Mariano Joven es un republicano de cuerpo entero, de una sola pieza, tallado en la roca viva de lo más firme de la raza. Tuve el honor y la satisfacción de colaborar con él como Secretario de la Junta Directiva del Centro Republicano Español del que fue Presidente varios años. Su actuación brillante al frente de esta entidad corría pareja con el afecto cordial y la lealtad que guardaba para sus compañeros de Junta. Así nació nuestra amistad que el tiempo ha tornado realmente entrañable. He estado al lado de Mariano Joven en días de alegría y de honda satisfacción y también compartí con él, los instantes quizá más dolorosos de su existencia. Y he recibido en todos esos momentos un ejemplo de dignidad en la alegría y en el dolor, de fortaleza de espíritu y de republicanismo sin par.

Pertenece Mariano Joven a la generación de los hombres que alumbraron la II República Española. Generación brillante, extraordinaria en todos los órdenes del pensamiento, llena de generosidad, plena de idealismo, cuya nobleza, desinterés y patriotismo pudo haber sido para España el amanecer de una era de gloria y de grandes e inteligentes realizaciones. Pero la derecha española, que siempre se distinguió por su cerrazón mental, fue incapaz de comprenderlo y de superar sus mezquinos intereses para incorporarse a la grandeza de la patria republicana, anulando la oportunidad más excepcional que tuvo nuestro pueblo. Porque pasarán muchos años antes de que España vuelva a producir una generación de dimensiones parecidas. Ciertamente que al lado de grandes aciertos tuvieron el error de no percibir la incompreensión hermética de las clases reaccionarias españolas que hoy todavía, para dar satisfacción a su odio cainita, continúan persiguiendo sin piedad a todos los liberales españoles, condenando a las más crueles penas corporales a quienes se atreven a oponerse a sus designios y manteniendo vivo el espíritu de la guerra civil que hace imposible la reconciliación nacional.

Precisamente para el día 30 de noviembre, estaba señalada la celebración en Burgos de un consejo de guerra —monstruoso aparato ejecutor de la venganza franquista— contra 16 vascos, cuyo único delito ha sido defender la libertad y luchar contra la tiranía con un heroísmo magnífico, al que rendimos el tributo emocionado de nuestra más viva admiración. El fiscal, nueva versión del verdugo en la dictadura franquista, pide nada menos que seis penas

de muerte y 754 años de presidio. La repulsa que este hecho produjo en el ámbito internacional y la explosiva tensión política que por el mismo motivo se creó en España, obligaron a las autoridades franquistas a posponer el juicio. Pero la verdad es que en cualquier momento pueden celebrarlo. Por ello nos dirigimos a todos los demócratas del mundo entero, a todos los hombres de buena voluntad, para que hagan cuanto esté a su alcance a fin de impedir este nuevo crimen que pretende realizar la tiranía franquista.

Para los hombres que asomamos a nuestra mayoría de edad en medio de la contienda y que nos unimos por imperativo de nuestra conciencia democrática a la causa de la libertad, constituye un orgullo y una satisfacción poder ofrecer el homenaje de nuestro afecto, de nuestra admiración y de nuestro respeto, en la persona de Mariano Joven, a todos los hombres y mujeres de su generación que pretendieron forjar para la patria un destino luminoso de paz, de libertad y de justicia.

Mariano Joven, que siempre ha actuado a tono con su apellido, es a la vez un viejo y un joven republicano. Viejo por los años transcurridos en la lucha y joven, si consideramos a la juventud más que como un estado cronológico, como una disposición del espíritu para la defensa de las causas nobles y justas, de desinterés en el proceder, de aspiración permanente a una sociedad mejor, tolerante y fraternal, de la que estén desterrados para siempre el odio y el rencor, la injusticia y la arbitrariedad.

Estamos aquí a su lado, amigo Mariano Joven, para mostrarle nuestro afecto y nuestro cariño, que extendemos a todos aquellos que como usted han llegado a la cima de los 80 años sin claudicaciones ni debilidades, dando un ejemplo de entereza republicana, de dignidad española y de cálida condición humana.

Al ofrecerle hoy este homenaje la emigración política española afirma una vez más su fe republicana, su decisión inquebrantable de luchar por la República hasta el último aliento para que la libertad y la justicia puedan un día fecundar la entraña viva de la España redimida.

ALFONSO AYENSA

Vicepresidente del Ateneo Español, en nombre de los antiguos amigos del homenajeado

Este cordial y sincero homenaje a Mariano Joven, merecidísimo por su conducta inmarcesible, esto es, por su siempre lozano vigor en el ámbito de las ideas como en el de la acción y por su firme voluntad no ya de perseverar en unos principios políticos cuya defensa hasta el holocausto nos trajo al exilio —el culto a la libertad, el amor a la democracia, la entrañable adhesión al pueblo— sino de mantener sus esencias teniendo abiertos el alma y la mente a las evoluciones que demandan los tiempos nuevos, no tendría las dimensiones que requieren su extraordinaria figura y su historia —que es fiel reflejo de la historia de nuestra República— si no nos sirviera también para evocar la grandeza de nuestra causa y para hacer constar una vez más la vigencia de ella, que ha sobrevivido al triunfo del cinismo y de la deshonestidad internacionales, los dos puntales en que parece apoyarse todavía la política del mundo.

Mariano Joven, cuyas virtudes cívicas y personales son tan notorias que no necesitan la reiteración del panegírico, vive atento a la realidad española de cada instante, todo lo puntualmente al corriente que le es posible de lo que en España acontece, interpretando cada hecho con su espíritu de español sano, desprovisto de pasiones rencorosas —que él es incapaz de sentir— y su inteligencia se acompasa al ritmo ideológico de las generaciones surgidas a la vida después de la incivil guerra que todos padecemos. Y en esto, como en tantas otras cosas, Mariano Joven es un auténtico representante de la emigración republicana, que no vive con la visión de la España de 1931 o de 1939, sino con la que corresponde a la época actual.

Habrán tal vez algunos que supongan o tengan interés en hacer creer que la emigración republicana española es un elemento estático, intrascendente; maquinaria obsoleta, cuerpo extraño y entorpecedor en el mecanismo de la política. Concepto totalmente absurdo este. En un balance objetivo e imparcial, podemos decir que nuestra emigración, a pesar de haber cumplido tres decenios, aun contando con fallas disculpables y con errores muy humanos, es un órgano vivo y dinámico, al que, en su conjunto, no abate la desilusión, pues la dureza y crueldad de las injusticias pasadas han ido forjando precisamente su fortaleza. Puede haber sido y ser triste y amargo —por no decir grotesco— el espectáculo que han dado

y siguen dando los gobiernos de ciertas potencias con respecto a los republicanos españoles, con la muy loable y honrosa excepción ejemplar de este México de nuestro corazón, pero es consoladora para nosotros —y ha de ser decisiva— la actitud de los pueblos, que no olvidan lo sucedido en el mundo desde 1936, aunque sus gobernantes, sirviendo conveniencias personales o de grupo, traten de desfigurar la verdad histórica. Está presente en el ánimo de todos los hombres dignos la ignominiosa conspiración internacional contra la democracia española, conspiración que fue en algunos gobiernos simple indiferencia ante los resultados del ataque de que se la hizo víctima.

Para que ese recuerdo perdure, nosotros estamos y estaremos siempre en pie —no sólo pensando en el pasado, lo que no es un lastre, sino justificación de la historia, experiencia y motor para la acción futura—, fijos en el presente, para interpretarlo y remodelar nuestros pensamientos e ideas, a la luz de la realidad de cada día, lo que sirve para enorgullecernos, pues confirma que era nuestra la verdad; y obsesionados con el porvenir, que estamos seguros de que será el resurgir de la libertad y de la República.

A pesar de que los años pasan y es ley de la naturaleza que, con los años, los hombres vayan desapareciendo también, otros los remplazarán y tomarán la dirección de esta lucha civil inextinguible hasta lograr que acabe el cautiverio de España. El panorama en el interior no puede ser más confortador: al miedo, a la resignación de los que tanto sufrieron, ha sucedido el propósito firme de actuar con toda energía, actitud asumida sobre todo por la juventud, es decir, por las generaciones nuevas que precisamente se han pronunciado en reciente encuesta por el régimen republicano. Y en este renacer del sentimiento ciudadano, que muchos creían adormecido y algunos incluso acabado, estriba nuestra esperanza y nos obliga cada vez más a la firmeza, y también —y esto vale para unos cuantos— a la compostura, mejor dicho, a perseverar, sin perder la paciencia, templando el espíritu con la vigorización de las convicciones, reafirmando nuestra fe. Porque la República, nuestra República, ha de triunfar por simples razones de lógica, fundadas en la historia misma, y aunque la soberanía esté aún secuestrada por un ejército cuyos poderes se asientan en apoyos extranjeros, tal situación se halla en el ocaso y ya se avizora su desenlace, lo que es indiscutible.

Perdonad esta digresión que, en el fondo, no lo es, ya que nada ha de parecer más grato a nuestro homenajeado que comprobar cómo se aprovecha esta coyuntura para hacer un breve, aunque un tanto deshilvanado, análisis del panorama español. Creemos que desde la cúspide de esos ochenta años plenos de emoción republi-

cana y de sabiduría política, Mariano Joven percibirá con mayor nitidez aún las perspectivas que no son pesimistas. Oyéndole a veces, en instantes de depresión y de tristeza, la voz de Mariano ha servido de aliento y, en momentos de pasajeras discrepancias, el ejemplo de su rectitud, de su honestidad de pensamiento, de su humildad, ha terminado por imponerse y ganar voluntades y corazones para servir una orientación que, decididamente, era la más certera. Si su actividad política ha merecido y merece siempre consideración y respeto, la nobleza, la sinceridad del amigo suscitan admiración y acrecientan el afecto. Hay que decirlo sin rodeos: estos ochenta años cargados de inquietudes y de afanes encierran una ejecutoria gloriosa que merece el unánime estímulo —aun cuando sabemos que él no necesita aliento alguno para seguir cumpliendo con su deber.

Este convivio de hoy no significa más que un momento de reposo, un momento en que se patentiza la unidad de sentimientos de un grupo de españoles republicanos en torno a un hombre que todavía tiene que hacer un largo camino en el servicio de un ideal patriótico; al que esperan aún, en nuestra compañía, días sombríos y luminosos, pero siempre días de esperanza. No es un premio al amigo que tiene el latir de su conciencia pura como mejor recompensa. Es más bien motivo simple para dejar, una vez más, constancia del hondo cariño que nos inspira, para reiterarle nuestra cálida admiración por su fervorosa y permanente actividad y para juramentarnos de nuevo, en una fidelidad inquebrantable, por la causa de España que es la causa de la República.

FRANCISCO GIRAL

Presidente de Acción Republicana Democrática Española en México

Este festejo, a propósito de los primeros ochenta años de republicanismo de don Mariano Joven, ha tenido la virtud de poder convertirse en un acto de confraternidad republicana, lo cual es muy importante en estas fechas y en este lugar; una de tantas virtudes que emanan de la personalidad, de la firmeza, de la trayectoria de don Mariano Joven.

No quisiera hacer aquí acto de presencia en virtud de jerarquías o de cargos políticos, porque esas adhesiones las tiene siempre don Mariano. En cambio, sí quisiera destacar, y hacerlo de una manera personal, mi adhesión fervorosa en mi condición de universitario, de científico, de técnico, de como ustedes quieran llamarlo; entre otras cosas, porque se ha puesto ahora muy de moda, eso de que los técnicos actúen en política, y especialmente en la política española, esa llamada tecnocracia, que de una forma tan desafortunada y tan fuera de lugar está interviniendo en política española.

Quiero destacar que los técnicos, los llamados técnicos o científicos, que tenemos una responsabilidad y un sentido humanista, liberal y republicano, estamos en la emigración con don Mariano Joven, que es tanto como estar con la República. Y por eso quisiera subrayar el carácter humanista de don Mariano, que tiene aquí a su alrededor a toda su familia, tres generaciones a las que también quiero rendir mi homenaje, por ser tan republicanas como él, al que han seguido en todas las vicisitudes, carácter verdaderamente peculiar y muy propio del republicanismo español. La pequeña Libertad, es decir, esta niña, nieta de don Mariano, que está aquí delante, hace un momento me estaba preguntando si yo le iba a hablar de química a su abuelo, y en homenaje a esta numerosa y republicana familia de don Mariano, le voy a hablar un poquito de química porque entre otras cosas, me parece que los universitarios o técnicos no debemos hacer grandes discursos políticos.

En efecto, una de las modas de actualidad que ha surgido del vecino país del norte, es ese movimiento que se ha llamado de "hippies" y que tiene, pues, muchas inclinaciones nobles, pero otras muchas deformaciones; ha adaptado como norma o como "slogan" una frase para justificar su hábito de mascar o ingerir hongos alucinantes, que es otra de las modas de las juventudes actuales, un "slogan" que quizá en el juego de palabras en inglés, sea más espec-

tacular, pero que se puede traducir más o menos de esta manera. Dicen los "hippies" norteamericanos que mascan hongos, porque les gusta más divertirse con los hongos, que idiotizarse con las ideologías; entonces, yo quisiera contestarles a los "hippies" que por qué no miran el ejemplo de don Mariano Joven que en esos ochenta años de juventud, ha conseguido demostrarnos y darnos el ejemplo maravilloso de invertir los términos de ese dilema, es decir, cómo se lleva a cabo una vida plena abstrayéndose, concentrándose en las ideologías, que es una manera de recrear su espíritu, en lugar de idiotizarse con los hongos.

Don Mariano, felicidades.

FERNANDO VALERA

Ministro de Estado del Gobierno de la República Española en el exilio

Entre las misiones que me ha confiado el Gobierno de la República Española con ocasión de este fugaz viaje a México, ninguna desde el punto de vista oficial más honrosa que representar a España en las ceremonias de transmisión del Poder Ejecutivo mexicano; pero ninguna, desde el punto de vista personal más grata que la de entregar a mi viejo amigo y correligionario don Mariano Joven el diploma e insignias de Maestrante de la Orden de la Liberación de España.

No es un honor que se le concede, sino un nuevo sacrificio que de él se reclama. Esta característica de nuestra Orden de la Liberación explica por qué muchos hombres eminentes que nunca aceptaron condecoraciones, por ejemplo Albert Camus, recibieron con emoción la nuestra. Otras medallas de la liberación hay en ciertos países, las cuales fueron otorgadas después de la epopeya, y ahora han venido a adornar el pecho de muchos claudicantes incorporados al movimiento de liberación al día siguiente de la victoria. Nuestra Orden es precisamente lo contrario: se creó y se concede en el momento más dramático y sombrío del exilio, como un acto de afirmación de nuestra fe en la Patria, en la Libertad y en la República, y no granjeará a nadie privilegios, ni beneficios, ni honores futuros, sino que sólo invita a nuevos sacrificios presentes.

Ya sé yo que Mariano Joven no necesita —no lo ha necesitado durante sus sesenta años largos de militancia republicana— estímulos, incitaciones ni honores para seguir cumpliendo su deber. Somos nosotros, los Ministros que asumimos en estos momentos, a raíz del fallecimiento de nuestro Presidente, don Luis Jiménez de Asúa, la enorme responsabilidad de seguir representando y sirviendo a la legitimidad republicana, los que necesitamos que hombres del limpiísimo linaje político de Mariano Joven nos aporten el peso de su autoridad, de su prestigio, de su concurso, como égida y escudo que oponer a la inevitable calumnia asalariada de los enemigos implacables y a la murmuración de los amigos desalentados.

Claro es que ninguno de los miembros del Gobierno de la República ha menester respaldo ni estímulos para seguir cumpliendo con su deber. El deber es irrenunciable. Y el nuestro consiste en mantener en alto la bandera de la legitimidad republicana que es el

verdadero, único e inexhausto tesoro de que este Gobierno en exilio ha dispuesto y dispone.

Don Julián Besteiro proclamó un día ante el Tribunal abyecto de jueces miserables que le condenaron a santificar el presidio en que murió: “¿El tesoro de España? Lo tenéis vosotros entre las alambradas de esos malditos campos de concentración, o pudriéndose en vuestras cárceles, o peregrinando por el mundo; porque el tesoro de España son esos fuertes brazos y esas claras inteligencias que no pueden vivir entre vosotros.”

Y el cofre de oro donde se guarda ese tesoro inmarcesible de España es la legitimidad republicana, que no son nuestras personas singulares, condenadas a desaparecer, sino el derecho imprescriptible de España a dictarse libremente las leyes, organizar las instituciones y elegir las autoridades que la gobiernen. Y para cumplir ese deber de mantener y proclamar el derecho de España a ser un pueblo libre, nos basta nuestra conciencia y nuestra hombría de bien.

Pero prácticamente, en el terreno de la eficacia, el Gobierno de la República sí que necesita y reclama que le secunden, le ayuden, le aconsejen y hasta le critiquen —que es una de las maneras más útiles de ayudar a un régimen de democracia libre— aquellas personas que como Mariano Joven, por su rectitud, por su claro juicio, por su experiencia política, por su lealtad de toda la vida, pueden acreditar ante los profanos y escépticos la limpieza de nuestras ejecutorias.

¿Que Mariano Joven, a pesar de su apellido y de su galana apostura, es ya un viejo republicano? Pues precisamente el ser a la vez viejo y republicano es lo que da mayor prestigio y lustre a su testimonio. Sí, ya sé que ahora está de moda adular a la mozalbetes y escarnecer a la ancianidad. No es una moda nueva; se ha dado muchas veces en la historia, coincidiendo casi siempre con las eras de decadencia de la civilización. Pero el destino de todas las modas, decía André Gide, es pasarse de moda. Lo que con la moda viene, con la moda se va. Sólo los espíritus necios, débiles y decadentes ignoran los respetos debidos a la ancianidad venerable, es decir, a la juventud que se ha sometido a la prueba de la vida, y ha triunfado.

Un viejo republicano es un hombre que ha contrastado la buena ley de su republicanismo a lo largo de toda una vida. Aquí la vejez es signo de autenticidad.

Jóvenes republicanos hubo, y de los más impetuosos y procazes, que comenzaron a serlo con nosotros, como el tristemente célebre Pérez Madrigal, y que no han llegado, no podían llegar, a la gloriosa condición de viejos republicanos; porque en el ca-

mino se les fue gastando, no sólo la juventud, sino también el baño superficial de republicanismo con que revestían el plomo vil de su demagogia.

Y yo soy además lo suficientemente viejo para haber conocido en nuestra América más de una generación de jóvenes intelectuales y estudiantes rebeldes que, cuando llegaron a la adultez, se convirtieron en tiranos perseguidores implacables de las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios.

La juventud es como la flor del árbol, o como el grano de la sementera. Encierra en germen la promesa del fruto o de la espiga: es la esperanza. Pero vienen luego las lluvias, los fríos invernales, los hielos, los vendavales, las sequías... y muchas son las flores que se deshojan sin haber dado fruto, y muchas las simientes que se pudren sin haber granado en espiga.

De ahí que la ancianidad lograda sea una gloria digna de ver y celebrar para todo corazón limpio, limpio de ambición, de egoísmo o de envidia, es decir, para todo corazón verdaderamente joven, en cuanto que la ancianidad lograda se le presenta al joven como el modelo, la imagen y la promesa de la vida que él mismo aspira a vivir.

Poca confianza tiene en su propia juventud el que no sabe reconocer y venerar la buena ley de otras vidas que, por el contraste de los años, han podido acreditar el oro puro de su verdad juvenil.

Y no es verdaderamente joven el que no sintió la espontánea inclinación de venerar a la ancianidad venerable. Mariano Joven sí experimentó el gozo de esa auténtica juventud vital. Antes de que yo tuviera edad para poder acompañarle, ya él había conocido y seguido a figuras señeras del republicanismo y escuchado voces autorizadas de que yo sólo he tenido noticia por lecturas o relatos: Don Joaquín Costa, Don Nicolás Salmerón, Blasco Ibáñez, Sol y Ortega, Don Roberto Castrovido, Menéndez Pallarés... En años posteriores yo he podido ya compartir con Mariano el alto privilegio de tratar, escuchar y aprender republicanismo de otros insignes maestros, como el incomparable tribuno que fue Don Alvaro de Albornoz, o el apóstol del radical-socialismo Don Marcelino Domingo a cuya memoria guarda Mariano Joven una fidelidad ejemplar y una devoción conmovedora.

Y luego, ya en pleno esplendor del amanecer republicano, y en la guerra, y en el exilio —cuarenta años, la mitad de tu larga vida, y más de la mitad de la mía— otros hombres y otras devociones han venido a enriquecer nuestro panteón republicano: el eminentísimo Don Manuel Azaña, el integérrimo Don José Giral, el incorruptible Martínez Barrio, por no mencionar más que algu-

nos de los más insignes y de entre los muertos. Todos ellos murieron de pie, como acaba de morir, nuestro Presidente Jiménez de Asúa. Los árboles mueren de pie, dijo un día el poeta. Así también está en la condición misma del hombre digno de vivir y morir de pie, como los árboles.

¡Qué dicha! ¡Qué privilegio!, el de haber podido convivir con tantos hombres eminentes, más viejos que nosotros, y colaborar con ellos, y aprender de ellos. Por muchas amarguras que nos haya costado nuestra antigua lealtad a los ideales de nuestra juventud, bien compensados fuimos con el inmenso honor de haber frecuentado y admirado a tantos hombres buenos, sabios y honrados que le conservan a uno intacta la fe en la dignidad y destino de la especie humana.

Todos ellos vivieron noblemente, y prolongaron hasta la muerte su juventud, pues que nunca abdicaron de sus ideales políticos. Esos ideales se cifran y compendian en la trilogía que la Orden de la Liberación de España inscribe en sus insignias, diplomas y reglamentos: Patria. Libertad. República.

Y antes de terminar quiero recordaros una lección ejemplar por venir de quien viene: “¿Qué importa que transcurra el tiempo si siendo apenas un instante en el decurso de los siglos, el sacrificio convierte a nuestra causa en una conquista más que está contribuyendo a la marcha ascendente de la humanidad? Aunque no quedara ninguno de los veteranos de la República Española, su ejemplo de lealtad y de fe en la reivindicación de los derechos violados, será mandato para la actual juventud española y para las futuras generaciones, y continuará como bandera invicta de los precursores de la Libertad y la Democracia.” Lázaro Cárdenas.

Mariano Joven: al depositar en tus manos estas insignias y diplomas con que el Presidente en funciones de la República, Don José Maldonado, ejecuta la última voluntad de su predecesor Don Luis Jiménez de Asúa, en nombre de todos los republicanos de España y del exilio, saludo en ti al luchador infatigable, recio y leal como tu Aragón natal, y prometo —prometemos— tomar ejemplo de tus virtudes cívicas y seguir laborando sin tregua ni desfallecimiento, hasta ver restauradas en nuestra España la Patria, la Libertad y la República.

Señor Ministro de Estado de la República Española; Señor Encargado de Negocios de España; querido, entrañable amigo Don Gilberto Bosques; correligionarios y amigos, señoras y señores.

Este acto, manifestación espléndida de afectos, de cordial amistad con que ustedes me honran y distinguen, me conmueve profundamente, y será recuerdo que vivirá en mí durante mi existencia, que procuraré se prolongue, por lo menos, hasta después de ver a nuestra patria liberada total y absolutamente de la tiranía que la sojuzga y envilece. Tiranía, sostenida y alentada, como todos sabemos, y no estará de más repetirlo, por ciertas tituladas democracias, atentas principalmente a sus egoísmos y a sus intereses, sin tener en cuenta los principios morales, que cuando se practican con dignidad, enaltecen a los pueblos y a los hombres.

Principios morales, siempre olvidados en cuanto a nosotros se refiere, por esos titulados rectores de la vida política de sus respectivos países; rectores, que unos antes, otros después, y algunos recientemente, sin rubor y sin pudor, estrecharon la mano, brindaron sus amables sonrisas, y compartieron la mesa con el verdugo de España, que con sus maquiavelismos consentidos, pudo escapar al juicio y sentencia de los Tribunales de Nuremberg. Todo ello, repugnante, abominable, nauseabundo. Y ¿qué nos queda hacer ante los sucedidos de ayer, y las injusticias de hoy y de siempre? Creo, que en primer lugar, mantener invariablemente la fidelidad a los principios por qué estamos aquí, sirviéndoles con una conducta limpia, que será el mejor exponente de nuestra protesta contra el menosprecio de que hemos sido víctimas, viejos y jóvenes. Jóvenes y viejos de los que ya se habló aquí. Viejos venerables, que merecen respeto y hasta admiración, siquiera sea por la consecuencia y la lealtad que ofrendaron a las ideas republicanas; ejemplo para las nuevas generaciones, porvenir, esperanza, futuro de una patria libre de Matesas, de reminiscencias clericales y militaristas. Viejos y jóvenes. Recuerdo, que hace muchos años, en nuestras charlas dominicales, presididas siempre por nuestro querido e inolvidable Don Álvaro de Albornoz, él nos decía: "en política y para la acción, la edad no cuenta, cada uno tiene la que ejerce"; yo quiero seguir ejerciendo como en mis años mozos, con la misma pasión y emoción que entonces, porque ello es consustancial con mi propia existencia. Perdonadme pues, que no quie-

ra considerarme viejo, a pesar de que vuestra delicada gentileza ofrece este homenaje a mis primeros ochenta años.

Hoy, como ayer y como siempre, republicano intransigente en los principios, alérgico a las combinaciones más o menos interesadas y acomodaticias, que bullen en la mente de algunos hombres que se dicen de oposición, y que sin duda, por afanes de mando, por ansias de poder, juegan a los malabarismos posibilistas, sin querer comprender, que el franquismo, aun sin Franco, si se le sirve, se deshonra una vida, a la vez que se marchitan las ilusiones y las esperanzas de quienes creyeran un día en ellos, como sus líderes incorruptibles. No, y mil veces, no. Contra el franquismo sin Franco, contra los herederos del malvado Fernando VII, nuestra acción constante, nuestra palabra encendida, nuestra voluntad de vencer, que será la mejor manera de servir a España, hoy en la cruz.

Pocas palabras más. Gracias a todos. Gracias queridos Castillo, Gorostiza, Bernárdez, Giral, Ayensa, tan amables conmigo. Lo mismo para mi fraternal compañero de siempre, Celestino Falcó, cuyo trabajo en el anonimato, contribuyó tanto al esplendor de este acto. Y mi más emocionada gratitud al Gobierno de la República Española, por la distinción de que me hace objeto. Doble gratitud, por haber delegado para este acto a su Ministro de Estado, mi viejo, entrañable amigo Fernando Valera, palabra, pluma y acción constantes, siempre al servicio de la República.

Mi reconocimiento a México, que si nos dio techo y pan, también esta libertad que nos permite decir cuanto pensamos y sentimos. Un recuerdo para los que en nuestra patria cayeron en la lucha por defender su libertad y su independencia, y también para cuantos viven cautivos en el suelo que les vio nacer. Igualmente para dos insignes desaparecidos recientemente: Don Luis Jiménez de Asúa, y nuestro amado protector, Don Lázaro Cárdenas. Por la memoria de estos dos presidentes, por y para la República, hasta la muerte.